

LOS PODERES CIVIL Y MILITAR EN LA FRANCIA DE HOY

RAOUL GIRARDET,
del Instituto de Estudios Políticos de París

“¡Cómo! . . . ¿Tantos hombres prontos a morir, y tan pocos a desafiar el poder público? . . .” ALAIN, *Propos de politique*, 1934.

La definición de las relaciones entre el poder civil y el militar en Francia descansó durante todo el siglo XIX y la primera parte del XX en dos principios esenciales, de una sencillez elemental. El primero, la subordinación completa del poder militar a la autoridad del gobierno legal: “Las fuerzas armadas —escribe el jurista Duguit, resumiendo en este punto la tradición del derecho público francés— deben ser un instrumento pasivo en manos del gobierno. Éste no puede llenar su misión si no dispone de las fuerzas armadas. Ahora bien, disponer de ellas es poder usarlas como una fuerza material inconsciente. Esto excluye la posibilidad de que los jefes del ejército se rehusen, bajo ningún pretexto, a obedecer las órdenes del gobierno. . . El estado dejaría de existir si los jefes militares pudieran discutir las órdenes que reciben de aquél. El ideal sería que las fuerzas armadas fueran una máquina inconsciente que el gobierno pudiera poner en marcha apretando un botón.”¹ Principio éste fundamental, que, de manera lógica, trae consigo la segunda regla esencial: la necesidad de que el ejército tenga una actitud totalmente apolítica. “La lealtad del ejército y su devoción al gobierno legal deben ser absolutas —se enseñaba en la Escuela Militar de Saint-Cyr a principios del siglo—. Un militar no podrá hallar otra fórmula que le permita poner a salvo su honor de manera segura.” El ejército no debe tener, pues, simpatías, opiniones o tendencias, o, por lo menos, deberá obrar como si no las tuviera. La neutralidad, o, con mayor exactitud, la pasividad política del

ejército ha sido tenida a lo largo del siglo XIX como uno de los principales artículos de la moral militar. Se ha querido quitar al soldado toda posibilidad de duda, de debate interior o perturbación de su conciencia. "Buscará el refugio de su bandera" en caso de confusión política, es decir, recibirá las órdenes de sus jefes, los cuales, por escalones jerárquicos sucesivos, no harán sino remitirse a las decisiones superiores del ministerio de guerra. De este modo la fidelidad política del ejército será, a la vez, revocable y perpetua. No dependerá de ninguna de las formas cambiantes del poder, se apegará a la esencia misma del poder. El ejército será irrevocablemente la "Gran Muda".²

Pues son esos dos principios fundamentales los que se pusieron en tela de juicio, y de un modo alarmante, en la crisis política de mayo de 1958, que derribó las instituciones de la Cuarta república. El ejército se ha negado a inclinarse ante las decisiones de la autoridad legal, interviniendo así en la escena política. A petición suya y bajo su presión, el general De Gaulle fue llamado a hacerse cargo, por segunda vez, de las responsabilidades del gobierno. Simultáneamente, parece que las preocupaciones políticas e ideológicas ganaron un terreno cada vez más extenso en el seno mismo de la sociedad militar. El ejército tiende a definir su propia posición ante ciertos grandes problemas contemporáneos, negándose, así, a continuar en su papel de instrumento inerte y pasivo que la tradición le había asignado.

En muchas conciencias militares, en efecto, se ha operado en los últimos quince años una revisión completa de ciertos valores fundamentales. Es el repudio, frecuentemente doloroso, de ciertas convenciones esenciales; el abandono, a menudo desgarrador, de algunos postulados elementales dentro de los cuales se habían guardado por más de un siglo las reglas de la moral militar. Los viejos imperativos del honor profesional de las armas no han podido responder a las cuestiones y problemas que planteó al ejército la situación de Francia al mediar el siglo XX. Se han buscado otras reglas, se han reclamado otras certidumbres en medio de la inquietud y, con frecuencia, de la confusión. Una verdadera revolución moral

ha trastornado poco a poco los hábitos y los modos de pensar de la sociedad militar, revolución que constituye, sin duda, el aspecto esencial de ese “desasosiego del ejército” que comprueba la prensa francesa en los años últimos de la Cuarta república. “Veinte años de guerra nos han cambiado —reconocía recientemente un ‘oficial de cuarenta años’—. . . El soldado, como no ha recibido sus certidumbres de aquellos que, por razón de su vocación, debían dárselas, se ha convertido en el hombre de las dudas. . .”⁸

Debe evitarse, por supuesto, toda generalización excesiva: el ejército francés no constituye, ni antes ni hoy, un “bloque” de homogeneidad perfecta; no corresponde a un medio social sin diferencias internas. Un análisis completo debería esforzarse en multiplicar las diferencias y los grados en el interior mismo de la sociedad militar: entre las armas, entre los grados, entre las edades, entre las carreras, y también entre las familias del espíritu. No podría olvidarse que, en efecto, bañan al ejército corrientes intelectuales con frecuencia contradictorias; no todas las simpatías políticas de sus miembros tienen el mismo signo, y muy probablemente un comandante de paracaidistas salidos de Saint-Cyr en 1939, no tendrá las mismas reacciones que un general de artillería egresado del Politécnico hacia 1920. No parece conveniente, sin embargo, exagerar la importancia de estas divergencias si se quiere apreciar las perspectivas generales de una evolución de conjunto. Sin duda que la corriente que ha conducido al ejército a dudar de algunos de sus valores tradicionales fue en un principio claramente minoritaria; pero poco a poco lo sacudió para arrastrar más tarde a la gran masa del medio militar. Hoy existe en la sociedad militar francesa un consenso muy fuerte acerca de algunos puntos esenciales, una comunidad de comportamiento y de reacciones efectivas ante algunos problemas fundamentales, lo suficientemente clara para que pueda hablarse de una actitud o de “un punto de vista” del ejército sin abusar de la verdad del lenguaje.

Sería imposible, en estas condiciones, que la muy profunda mutación psicológica, intelectual y moral que ha conocido la sociedad militar francesa durante los últimos quince años,

deje de plantear importantes problemas de análisis, y, sobre todo, de interpretación. ¿Se trata tan sólo de una crisis pasajera ligada a acontecimientos particulares de la historia política y militar de Francia en la época de la Cuarta república? ¿No sería preciso situarse dentro de una perspectiva de mayor amplitud, y buscar una explicación más general en la evaluación misma de las formas de la guerra en el mundo del siglo xx? ¿El observador objetivo debe contentarse con evocar un “desasosiego” accidental, contingente, que no pide sino la simple terapéutica de que la autoridad política vuelva a empuñar las riendas del cuerpo militar? ¿Debe ver en los acontecimientos de mayo de 1958, al contrario, una duda decisiva, ineluctable y necesaria de los principios esenciales sobre los cuales reposaban tradicionalmente, en un sistema de democracia liberal, las relaciones del poder civil y del poder militar? ¿En qué medida estos principios conservan un valor de eficacia práctica frente a las decisiones, las amenazas y los conflictos de un tipo quizás nuevo, y a los cuales han de enfrentarse las sociedades políticas contemporáneas? ¿En qué medida deben considerarse esos principios caducos? ¿En cuál otra exigen ser puestos a punto, revisados o repudiados? Muy pocas veces han sido abordadas estas cuestiones fuera de los *a priori* doctrinales. Este estudio no pretende en manera alguna darles respuestas definitivas; su única ambición es presentar algunos elementos de reflexión y de discusión.

Nace una Fuerza Revolucionaria

Ni qué decir que cualquier intento de interpretación teórica no podría dissociarse de la muy profunda mutación ideológica que acaba de sufrir el ejército, del marco ideológico dentro del cual ha ocurrido esa mutación, es decir, la crónica dramáticamente movida que fue la vida militar francesa desde el comienzo de la Segunda guerra mundial. Época fértil en situaciones ambiguas, con frecuencia dolorosas, trágicas a veces; época durante la cual un medio social por largo tiempo cómodamente instalado en el culto de valores estables y bien definidos, sólidamente integrado en las tradiciones de la Fran-

cía burguesa, iba a pasar por incontables ocasiones de rupturas y de perturbaciones, de debates interiores y de crisis de conciencia.

Desde luego, precisa considerar la muy importante herencia afectiva que dejan la guerra y la ocupación. Fue en 1940, en efecto, cuando bruscamente se ponen en duda ciertos principios tradicionales de la moral militar, sobre todo el de la obediencia total y absoluta al poder político. ¿Cómo invocar el imperativo de la sumisión al poder legal cuando dos gobiernos —y durante algunos meses tres— reivindicaban simultáneamente el privilegio exclusivo de la legitimidad? ¿Cómo distinguir la rebelión de la lealtad cuando por el empleo contradictorio que de ellos se hacía, esos términos carecían por fuerza de toda significación? Entonces se presenta por la primera vez al soldado el problema de tomar partido, de elegir entre varios deberes opuestos...⁴ Jules Roy, comandante de aviación, ha evocado en un libro emocionante⁵ el drama de los ejércitos en África durante el mes de noviembre de 1942; el desgarramiento entre los llamamientos de Vichy, de Argel y de Londres; las órdenes, las dudas y las solicitudes contrarias: “La vieja disciplina se hundía; no lograba ya atar las conciencias. No había ya en mi época virtud que pudiera llamarse disciplina; pero, al mismo tiempo, me sentía condenado a no descansar ya en nadie.” Estas líneas parecen marcar el hundimiento cabal del concepto legalista, abstracto e impersonal del deber militar, tal como había sido definido en el siglo XIX. La flota, barrenada en Tolón, había querido obedecer, y, por esto mismo, se condenó a sí misma a desaparecer de los campos de batalla donde se jugaba el destino del mundo. A la inversa, a quienes habían aceptado el papel de sediciosos frente al poder establecido, iba a debérseles borrar la humillación de 1940. En esto hay todo un capital de referencias, de recuerdos y experiencias, que no ha podido dejar de pesar en los años siguientes.

El grueso del ejército, no creyó, aun terminada la Segunda guerra mundial, que debía sacar de estos acontecimientos lecciones definitivas.⁶ Aun parece que en el medio militar se hizo pronto el silencio sobre esta crisis, que se creyó ligada

a circunstancias excepcionales, difícilmente susceptibles de repetirse. El derecho de votar, concedido a los militares por un decreto del 7 de agosto de 1945, no pareció que pudiera impedirles volver con la paz a una abstención política total. . . recalmán de algunos años, al cual iba a poner un fin brutal el curso de la guerra en Indochina y su trágico desenlace. Entonces se ven definir, de manera mucho más precisa y mucho más sistemática, actitudes nuevas y una nueva conciencia. Convicción simple, pero inquebrantable: después del armisticio de Ginebra, cada uno de los combatientes de Indochina hizo caer la responsabilidad de una guerra de ocho años, particularmente mortífera, y cuyo término había sido una humillación dramática, en el poder político, o, más bien, en la ausencia de ese poder.⁷ Sentimiento de traición de parte de un poder político que “no había sabido ni arrastrar a la nación a la guerra, ni hacer la paz”; pero también un sentimiento de que la nación los había abandonado. Los ejércitos que pelearon en Indochina tuvieron la dolorosa convicción de haber hecho la guerra a solas, al margen de la colectividad francesa, de no haber sido ni comprendidos ni sostenidos por la opinión. Con amargura, y, a veces también con delectación morosa, reunieron todos los hechos que parecían confirmar la indiferencia de la opinión pública hacia ellos: la campaña de los medios izquierdistas contra la “guerra sucia”, la simpatía de una parte de la prensa hacia la causa del adversario, la discreción con que se habían ocultado sus sufrimientos, el carácter clandestino impuesto al embarque de refuerzos y al desembarque de los heridos, las innumerables vejaciones que les fueron impuestas consciente o inconscientemente. “Se ha querido que fuera solo y que combatiera solo —escribe un oficial al evocar la condición del soldado francés en la Francia contemporánea—. Se rehusaban a emporcarse las manos, menos por escrúpulo que por pereza espiritual, por la paz y la comodidad intelectual propias. . . El ejército, muy naturalmente, cargaría con el pecado colectivo si el asunto salía mal. Se consignaba al soldado a una guerra con cuya responsabilidad nadie quería cargar.”⁸

Los acontecimientos posteriores a 1954: abandono de Tú-

nez y Marruecos, fracaso de la expedición a Suez, incertidumbre de la lucha contra la rebelión argelina, iban todavía a exasperar más ese estado de ánimo, de amargura, rencor y humillación, heredado de la guerra de Indochina.⁹ Un recio lazo sentimental ligaba al ejército con el protectorado marroquí, que en gran parte le parecía creación suya. La suspensión de la expedición a Suez le pareció tanto más humillante a los que la hicieron, cuanto que las tropas eran conscientes de haberla realizado con un éxito técnico perfecto. Las condiciones en las cuales se emprendió la tarea de pacificación en Argelia parecían, en fin, trágicamente confusas: en apariencia, los errores de Indochina iban a repetirse; el ejército tenía el sentimiento de estar siempre mal adaptado a las misiones que le confiaban; les parecía que los desfallecimientos del poder amenazaban o comprometían cada uno de sus esfuerzos cotidianos... Un coronel, al ver desde el puente de Hanoi avanzar a las tropas victoriosas del Viet-Minh, declaraba en 1954: "Agrada encontrarse alguna vez del lado del vencedor." Para muchos jóvenes oficiales, en rigor los más probados, aquellos que tuvieron que soportar el verdadero peso de los combates en Indochina y el Norte de África, la moral del "servicio inútil", de devoción total y gratuita en nombre de los únicos valores de la obediencia —moral que sus mayores invocaron tantas veces— no bastó para legitimar sus sacrificios y darles un sentido militar profesional. "El éxito es la única norma militar", decía una publicación muy leída en 1954 por los jóvenes cuadros del ejército, cuyo título era *Mensaje de las fuerzas armadas*. De un poeta enfermo es la expresión "servidumbre militar", pues no hay servidumbre, sino éxito o fracaso. No se instruye uno para servir, sino para vencer, única manera de servir con honor. Vale la pena retener estas fórmulas. El ejército, persuadido de que ha debido pagar con su sangre y con su honor faltas cuya responsabilidad incumbía solamente al poder civil, se encontraba inevitablemente arrastrado a sustituir el deber tradicional de la obediencia con imperativos nuevos ligados exclusivamente al éxito de su combate.

Nada de extraño tiene, pues, que de 1953 a 1958 se pro-

duzca una degradación sensible en las formas tradicionales de la disciplina militar. Desde la crisis de la C.E.D. hasta los "affaires" Faure y Bollardiére, en repetidas y diversas ocasiones, oficiales generales manifiestan públicamente su desacuerdo con algunas decisiones del poder civil. Pero las tensiones parecen ser más agudas y numerosas en el interior mismo de la jerarquía militar. La Segunda guerra mundial, Indochina, después Argelia, han formado una joven generación de oficiales para quienes los valores de la obediencia son mucho menos caros de lo que fueron para sus antepasados. Sobre ellos recayó la carga más pesada de los combates en el Lejano Oriente y en Noráfrica, donde la forma misma de la lucha les ha dejado una iniciativa excepcional, obligándolos a asumir responsabilidades también excepcionales. En ellos, capitanes o comandantes jóvenes, se expresan con mayor fuerza los sentimientos de cólera y humillación. Pero no sólo enjuician al régimen y sus instituciones, sino suelen hacerlo también con el comando, con la pesadez y la esclerosis del aparato militar, el conformismo o la rutina en las que muchos de sus superiores les parecen congelados. Tienden a asociar en una misma denegación al orden político establecido y la actual organización militar, a condenar solidariamente a los depositarios del poder y a algunos de sus jefes. En una encuesta acerca del ejército, publicada en 1957, se decía: "Hay una crisis general de autoridad que se manifiesta tanto por la indisciplina como por la falta de confianza en los jefes, y que llega hasta una ruptura entre las generaciones. Paralelamente, una impresión del fracaso y de ineficacia en las tareas recientes suscita entre los mejores el deseo de una renovación que choca por ahora con el sentimiento de ser impotentes para provocarla."¹¹ Esta ruptura entre las generaciones que señalan tantos otros observadores; esta crisis interna de la sociedad militar, se añaden a los factores generales de descontento y de fiebre para dar al ejército francés, en la primavera de 1958, una fisonomía muy particular y antes desconocida en su historia.

En el período que va de 1947 a 1958, no sólo ha sobrevenido un estado de tensión agravado sin cesar entre el ejército y el poder civil. Se ha visto entonces también —y el hecho

es de una importancia singular— esbozarse primero, y, después, precisarse, un cambio profundo en las relaciones que unían tradicionalmente la sociedad militar al conjunto de la colectividad nacional. El cuerpo militar no se integra ya hoy en la sociedad francesa como se integraba todavía en vísperas de la Segunda guerra mundial. Ha surgido un modo distinto de vivir; se han desarrollado nuevos hábitos, nuevas maneras de sentir y de pensar. El primer hecho que conviene comprobar es el de una desvalorización constante de la profesión militar: las estimaciones precisas son difíciles de hacer, sin duda; pero sigue siendo cierto que se ve una caída relativamente importante de los haberes del cuerpo militar con relación a los principios del siglo y a la mayor parte de las otras categorías de funcionarios.¹² La baja es más sensible porque se han reducido considerablemente los complementos (rentas, alquileres de tierras o de inmuebles) de que gozaban en otros tiempos muchas familias de oficiales. Es característico que en una información periodística reciente, se dijera que la mayoría de los alumnos de Saint-Cyr desearía casarse con mujeres que supieran un oficio.

Pero más grave aún que la degradación de la suerte material del oficial, es el nomadismo casi permanente al cual parece consagrada toda carrera militar después de la Segunda guerra mundial. El ritmo de vida de un militar, excepto en el caso de las tropas coloniales, no difería en nada durante la Tercera república del de cualquier funcionario de la administración civil: no era raro encontrar oficiales que jamás habían conocido en toda su carrera sino tres o cuatro guarniciones metropolitanas, en las cuales habían pasado largas épocas de sus vidas. Ahora, todo el ejército conoce el destino antes reservado exclusivamente al oficial colonial. Es significativo, por ejemplo, comprobar que la mayoría de los capitanes que sirven actualmente en Argelia han hecho antes dos residencias de veintisiete meses en Indochina, después, una de dos años en Argelia (sin perjuicio de algunos meses movidos en Túnez o Marruecos); pasan ahora por una segunda residencia argelina que cuando menos durará treinta meses, según la previsión de esos oficiales. Se puede estimar que estos

oficiales, de ciento cuarenta y cuatro meses, han pasado desde 1947 ochenta y ocho (comprendido el tiempo de traslado) fuera de la Francia metropolitana y lejos de los suyos. Para muchos oficiales salidos de la Escuela en vísperas de la Segunda guerra mundial y que tienen ahora unos cuarenta años, el combate dura prácticamente desde 1939, apenas cortado por algunas raras interrupciones. Son de imaginarse fácilmente los resultados que este modo de vivir ha de tener en la vida familiar: separaciones prolongadas, problemas innumerables en cuanto a la educación de los hijos, etc. Resultados éstos tanto más numerosos cuanto que, además, es preciso considerar las muy graves dificultades de alojamiento que esperan al oficial de carrera cuando regresa a la metrópoli. Un periodista estimaba en mayo de 1957 que hacían falta en Francia 52 000 apartamientos para alojar a los cuadros militares; cerca del 20 % de los oficiales comisionados en la metrópoli vivían en hoteles con la mujer y los hijos; más del 30 % (40, precisa el señor Jean Planchais)¹⁴ vivían separados de su familia.¹⁵ Las consecuencias inevitables de este estado de cosas son la imposibilidad de que el medio militar fije y amplíe el círculo de sus relaciones sociales, ruptura o relajamiento de numerosas ligas tradicionales, y un sentimiento de aislamiento en medio de la colectividad nacional.

En gran parte así cortado —y por el género mismo de su vida— del resto de la comunidad nacional, la sociedad militar no sólo tiende a replegarse en sí misma, sino que, en oposición a la moral social dominante, ha sido conducida poco a poco a construir una ética propia y una escala de valores particular. Muchos oficiales jóvenes no vacilan hoy en expresar su desprecio por las convenciones burguesas, del gusto y la comodidad; del anhelo por la seguridad y el bienestar, sino también su orgullo de ser una excepción en un país que, según ellos, ha perdido el sentido de la grandeza y de la aventura. A estos valores de una Francia “aburguesada”, oponen otros: el culto de la camaradería guerrera, el gusto del riesgo, el espíritu de sacrificio.

Un joven novelista militar pone en boca de un oficial de Indochina estas palabras:¹⁶

Yo no soy funcionario; no hago la guerra de las nueve a las doce, ni dentro de una oficina; no me interesan el despido pagado ni la aprobación del salario único. Me río del retiro de vejez porque me matarán antes... No tengo casa que construir en las afueras de la ciudad o a la orilla del mar, ni tampoco jardín que cultivar el fin de semana. Carezco de tiempo y de posibilidad de gozar de todas esas ventajas que se han convertido en el fin único de la existencia de mis compatriotas... No abrigo amarguras y lamentos... Me apasionan mi país y mi oficio. Quizás sea lo único que me ha permitido escaparme de las nueve y media, de los fines de semana y de las exposiciones de automóviles.

En otros muchos testimonios se encuentra más marcado todavía el acento de provocación que revelan esas líneas. La vehemencia misma de sus expresiones no son, sin duda, características sino de los casos extremos; pero parece compartirlos una fracción muy importante del ejército, aun cuando sea en forma menos agresiva y más matizada: "nos hemos encerrado en nosotros mismos —escribe un capitán al evocar su aventura indochina—. Hemos vivido entre nosotros y nos hemos hecho sensibles y adoloridos como desollados. Pero ¡cuánta era nuestra desesperación al vernos rechazados por nuestro país! ¡Cuán intensa era nuestra necesidad de fraternidad!"¹⁷ En la joven literatura militar francesa se suele encontrar el eco de un romanticismo semejante al que expresaban a la mañana siguiente de la Primera guerra mundial *Les reprouvés* de Ernst von Salomon. Sería temerario no ver en esa literatura sino palabrería. De hecho, la inconformidad, desde luego agresiva, que afectan pregonar algunos jóvenes oficiales, corresponde de manera segura a la existencia de un divorcio entre los valores afectivos e intelectuales en torno a los cuales se ha mantenido la cohesión del ejército. Curiosa paradoja la de esta Francia contemporánea: en una sociedad cuyo carácter conservador es generalmente reconocido; donde las tensiones entre las clases parecieran perder más y más su violencia; donde la conciencia colectiva parece conceder un lugar cada vez más saliente a la seguridad y al bienestar material, el ejército parecía en 1958 —mucho más, sin duda, que un proletariado

obrero cuyo modo de vida estaba en plena transformación— una de las poquísimas fuerzas, quizás la única fuerza revolucionaria capaz de amenazar el orden establecido.

Mito y Realidad de la Guerra Revolucionaria

La aparición de un estado de ánimo revolucionario en el ejército francés está muy estrechamente ligada al episodio de la guerra de Indochina; pero ésta es asimismo inseparable de otro hecho no menos importante de la historia militar de la Francia contemporánea: el ejército ha descubierto un nuevo tipo de guerra, y, con él, una doctrina nueva,¹⁸ que pronto dominaría el pensamiento y la conducta de su *élite* intelectual. Un oficial escribe: “Unos cuantos de nosotros hemos vuelto de esta aventura; unos cuantos que, al contemplar un pasado aún reciente, decimos que ninguna época de nuestra carrera militar ha sido tan formativa porque ninguna otra nos ha llevado a ese punto de repensar los problemas, a tachar las viejas fórmulas que nos habían dado, a descubrir cada vez ideas y soluciones nuevas.” La doctrina elaborada por el ejército francés a partir de su experiencia indochina es la de la guerra llamada “revolucionaria”. Supone poner en tela de juicio, implícita o explícitamente, bastantes valores tradicionales. Conduce a una concepción del papel de las fuerzas militares en el interior de las sociedades contemporáneas sensiblemente muy distintas de las concepciones antes admitidas.

La elaboración de los conceptos doctrinales de la guerra revolucionaria ha salido de modo directo del estudio de los procedimientos y tácticas utilizados por el Viet-Minh en Indochina. El ejército que combatió en Indochina tenía, en efecto, el sentimiento de encontrarse ante un adversario desconocido, a quien era incapaz de vencer a pesar de ser superior materialmente, porque este adversario, de manera deliberada, situaba la lucha en un plano que el ejército no podía alcanzar. Era el de la “guerra en la muchedumbre”, según la expresión de Mao Tse Tsung: su objetivo esencial es la conquista de las masas, y no la posesión de un terreno o el dominio del campo de batalla. El vencedor final será el que se

posesione moralmente de las poblaciones y movilizó de un modo físico todas las energías de ellas. Para obtener este resultado, el adversario usaba en Indochina técnicas muy rigurosamente definidas y de una eficacia perfecta: "acción psicológica" hecha científicamente; terrorismo sistemático; dislocación deliberada de la organización social existente; creación de "jerarquías paralelas", para sustituir poco a poco a las jerarquías del orden legal, y que encerraba a la población dentro de mallas más y más apretadas. El ejército francés se vio obligado a reconocer que en una lucha así conducida, la acción militar propiamente dicha debía ceder el paso a ciertas formas de propaganda, a buscar y explotar la información tanto política como operativa, a la acción policiaca, al contacto de la población, a la acción social y económica. Descubrió que esta guerra exigía combatientes que fueran no sólo técnicos en el uso de la fuerza de las armas, sino también, y quizás más todavía, agitadores políticos, sindicalistas, conductores de partidarios. Para obtener la victoria final resultaban a la larga más eficaces las cualidades y los métodos del militante que las cualidades y los métodos del soldado.

Es natural que los teóricos de la guerra revolucionaria han tenido que recolocar estas lecciones tácticas de la guerra de Indochina en la perspectiva general de la historia contemporánea y de la evolución de los conflictos posteriores a 1945. Les parece evidente que las batallas de tipo clásico no son ya el único medio para dominar territorios y aun un estado entero: los movimientos interiores, los golpes de estado, la acción de algunos partidos, suelen ser instrumentos más eficaces de dominación que la intervención directa de bombarderos o de divisiones blindadas. Desde luego, la defensa de un territorio no es ya tan sólo la defensa de las fronteras de ese territorio contra los ejércitos de un adversario que no intentará quizás forzarlas; reside casi esencialmente en la lucha contra las fuerzas políticas e ideológicas de subversión interna. Más todavía, el ejército nuclear no parece ya sino un instrumento de intimidación destinado a proteger el desarrollo libre y continuo de una acción revolucionaria. El coronel

Lacheroy,¹⁹ uno de los principales intérpretes de la nueva doctrina, escribe:

Al concluir la última guerra se podía pensar que el arte militar iba a tomar una forma nueva... que íbamos a la guerra de "apretar un botón". Ahora bien, desde entonces, todos los días ha habido oficiales y soldados franceses que han muerto por su patria en un rincón del globo, y no al enfrentarse a una guerra de "apretar un botón", sino a formas variadas de conflictos, conflictos de insurrección, ideológicos, etc., es decir, y al fin de cuentas, a "guerras revolucionarias".

El coronel Lacheroy prosigue: "somos muchos los oficiales que pensamos que quizás no tendremos guerra atómica, tampoco una guerra convencional, sino guerras revolucionarias. De ellas tendremos muchas, las hemos ya tenido, no hacemos sino eso..." Yendo más lejos, muchos se declaran hasta convencidos de que esta forma de guerra decidirá en los años venideros la suerte misma del mundo.

De ahí la concepción de una estrategia global de la guerra revolucionaria que la mayor parte de estos autores presenta. Han sacado del ejemplo indochino la convicción de la unidad fundamental de la doctrina y el sentido del mundo comunista. Han abrevado en la lectura de los teóricos militares soviéticos y chinos la certidumbre de las pretensiones a la extensión universal de la ideología marxiana-leniniana. El mundo Occidental —según ellos— debe enfrentarse a una agresión permanente, multiforme, total y global; repiten que "la Tercera guerra mundial ha comenzado", y la lucha se extiende a través de todos los continentes y aun en el interior de cada estado. En esta lucha, la defensa del contorno europeo no tiene sino una importancia muy secundaria. El adversario lo volteará, sea por una acción interna disgregadora, sea ganando para su ideología a los asiáticos y africanos. Las democracias liberales deben protegerse, ante todo, no de la amenaza virtual de un ataque frontal de las divisiones soviéticas, sino de la fuerza expansiva y penetrante de una ideología política y de un mesianismo revolucionario. Un oficial, que habla en nombre de un grupo de camaradas suyos, escribe:

El ejército ha aprendido a identificar al verdadero adversario de la patria que defendía... La amenaza que para la mayoría de los franceses, aun para los más lúcidos, sigue siendo abstracta y lejana, ha tomado para los militares la forma más inmediata, la de un enemigo omnipresente e invisible, menos por la potencia real de sus armas, que por la fuerza de reducción y subversión, de propaganda o de órdenes subterráneas.²⁰

Dominado por la concepción de una guerra revolucionaria, permanente y universal, cuyo objetivo es la conquista ideológica del globo, el nuevo pensamiento tiende sin remedio a hacer entrar en su cuadro doctrinario la interpretación de todos los conflictos y de todas las tensiones del mundo contemporáneo. Entiende y presenta, sobre todo, la guerra argelina como otra fase, que estima, por lo demás, decisiva, de la lucha comunista hacia la dominación del globo. Según ese pensamiento, el combate contra la F.L.N. no se legitima solamente por la defensa de los derechos soberanos de Francia, sino también en nombre de los imperativos estratégicos que gobiernan el desarrollo del "tercer conflicto mundial". Nada más característico que la conclusión de una conferencia dicha en el S.H.A.P.E. el 15 de noviembre de 1957, por el general Allard, entonces comandante del cuerpo de ejército en Argelia:

La Unión Soviética, entreteniéndose con habilidad el interés y la inquietud del frente mediante periodos alternativos de aflojamiento o de intimidación, de sonrisas o de amenazas, ha logrado cristalizar la defensiva del mundo libre en un solo objetivo: persuadir al posible adversario de renunciar a la guerra total. Así encubría con mucho que el eje de su esfuerzo principal era, no el directo Oriente-Occidente, sino una amplia curva que pasando por China, el Lejano Oriente, las Indias, el Oriente Medio, Egipto y África del Norte, envolvía a Europa para cercarla. Hoy es casi una realidad, pues, para alcanzarla, no falta sino arrancarle Argelia a Francia... Después, podrá continuar el aislamiento y cercamiento del mundo libre. No ha de excluirse que, en los planes de los amos del Kremlin, el proceso de contaminación deba alcanzar todo el continente negro, franquear

el Atlántico, y llegar a los países de la América Central y del Sur. ¿Cuáles serán, entonces, las probabilidades de sobrevivir de los pueblos que representamos? En la realización de este plan, según creo, menos utópico de lo que parece, hay un obstáculo, la determinación de Francia de no dejarse despojar de Argelia.²¹

Por supuesto que no debe olvidarse que, al dirigirse a los miembros de la O.T.A.N., el general Allard quería convencerlos de que la lucha del ejército francés en Argelia era necesaria a la causa común; pero conserva su significación el hecho de que los temas que abordó sean los que presenta la literatura militar francesa desde hace algunos años.²² De hecho, la doctrina de la guerra revolucionaria, dentro de las perspectivas de una interpretación general de la situación internacional, conduce a definir las misiones militares de Francia. Tiende, implícita o explícitamente, dentro de este cuadro de una verdadera cruzada de dimensión mundial, a situar y justificar la acción de su ejército.

La primera consecuencia de la generalización del concepto de guerra revolucionaria es haber lanzado a gran parte de los cuadros del ejército joven a la búsqueda inquieta, y en ocasiones incierta, de una especie de metafísica de la guerra política. Un vocero de un grupo de oficiales dice que "en la actual guerra de ideas que nos hace el marxismo, no podemos vencer si no tenemos ideas en las cuales creer, valores que defender. Todos los oficiales están hoy convecidos de ello..."²³ Y prosigue: "La nación tenía otrora necesidad de guerreros consagrados al oficio de las armas... Las preocupaciones políticas no tenían objeto alguno en un ejército menudamente especializado; pero desde el momento en que la guerra cambia y se convierte en guerra de ideas, el militar, necesariamente, cambia de naturaleza... Le es indispensable la capacidad de asimilar, de exponer, y de ejecutar una doctrina coherente." La búsqueda de una doctrina global, susceptible de ser opuesta eficazmente al marxismo-leninismo, un sistema de valores capaces de acoplar y estimular las energías nacionales, será en adelante una de las grandes preocupaciones militares. Es verdad que los más, sin duda, quieren definir

una ideología basada en la exaltación de los valores tradicionales del humanismo occidental: dignidad de la persona humana, patriotismo, respecto a las libertades fundamentales y a los valores espirituales, ansia de justicia y de progreso. (Esta es, especialmente, la "doctrina" que se enseña en los cursos de "acción psicológica" de la Escuela-Especial Militar; puede verse en ella un esquema de síntesis de los viejos preceptos del civismo democrático y las lecciones de la antigua moral cristiana.) Otros expresan abiertamente su adhesión a un catolicismo de tipo "integrista", y parecen no ver respuesta a la amenaza revolucionaria sino en la creación de un orden cristiano autoritario y tradicionalista que repudie de manera abierta los temas del liberalismo individual.²⁴ Otros, en fin, entre los más jóvenes, parecen referirse al ideal de una especie de colectivismo nacional, antimarxista, sin duda, pero no menos anticapitalista que éste. Por supuesto que en la explotación de una doctrina hay mucha confusión y muchas vacilaciones; pero importan menos sus resultados que su existencia. Esa búsqueda, en efecto, no supone de parte del ejército joven un compromiso político en el sentido estrecho y preciso del vocablo; es decir, una acción militante al lado de un partido o de un grupo determinado. (Contrariamente a lo que se dice y escribe, los compromisos de este género no constituyen sino casos aislados y bastante excepcionales; el cuerpo militar en su conjunto vela celosamente por conservar su autonomía y evitar cuanto rompa su unidad.) Pero no es menos cierto que la intensidad de estas preocupaciones profesionales e ideológicas separa más y más a la sociedad militar toda de los preceptos elementales y fácilmente definidos de su apolitismo tradicional.

Desde el punto de vista aislado de la ciencia política, es bien evidente que la esquematización doctrinaria de la guerra revolucionaria, tal como la exponen los principales teóricos militares, impone numerosas reservas. La primera crítica, y tal vez la más decisiva, es sobre la asimilación hecha en términos demasiado generales de los métodos y fines de la guerra subversiva: no basta, en efecto, que las técnicas sean

las mismas para que sean igualmente idénticos los objetivos de quienes las emplean.²⁵

Se puede con razón tachar de excesiva la parte que se concede a esos métodos y a esas técnicas en detrimento del estudio del terreno político, social y económico al que se aplican. Las técnicas de la guerra subversiva pueden agravar o explotar las tensiones inherentes a ciertas sociedades políticas; pero parece difícil afirmar que basten para crearlas. Cuando el coronel Lacheroy, al evocar el caso indochino, por ejemplo, dice que "nada hay en el comienzo",²⁶ es evidente que pasa peligrosamente en silencio los conflictos interiores inherentes a toda sociedad colonial. Y puede uno permitirse pensar, en fin, que la novedad de la guerra colonial es quizás menos decisiva de lo que muchos tienden a creer. Toda la historia occidental ofrece innumerables ejemplos del uso de quintas columnas para forzar sin combate las murallas de las ciudades, la práctica de la guerrilla. ¿Puede olvidarse, por otra parte, el contenido ideológico político que tenían las guerras de la época revolucionaria hasta las guerras "nacionalitarias" de la primera mitad del siglo XIX?

No parece, sin embargo, que pueda negarse, ni tampoco subestimarse, el carácter en gran parte original de las guerras subversivas de la segunda parte del siglo XX. Sin duda un análisis teórico puede descomponerlas en un cierto número de elementos cuyos múltiples antecedentes históricos será fácil encontrar. De todos modos, sigue siendo nueva y específica la combinación deliberada de todos estos elementos y la ejecución sistemática de los métodos de la sociopsicología moderna al servicio de su empleo. Los ejércitos de la Convención propagaban, ciertamente, una ideología y se apoyaban, en su obra de conquista en el país enemigo, en la parte de la población adversa ganada a esta ideología; pero su propaganda era relativamente sumaria: la destrucción de las fuerzas armadas del enemigo o la posesión de uno de sus territorios seguían siendo sus primeros objetivos. En manera alguna intentaban apoderarse "desde luego" de las masas y las multitudes, de encuadrarlas, de encerrarlas en las mallas potentes y densas de una organización de carácter totalitario, de hacer

de cada individuo, sin importar su edad o su sexo, un verdadero combatiente a quien se empalma y utiliza en un mismo sistema político militar. Es asimismo específica de nuestro tiempo la estrecha alianza de una ideología de dimensión universal y de una organización política masiva, disciplinada y centralizada, también de dimensión internacional. El adversario de la coalición occidental no es tan sólo la pujanza soviética; lo es también, pues no pueden disasociarse las dos realidades, el comunismo, partido e ideología política de carácter supranacional. En las circunstancias presentes, la defensa de la soberanía nacional no puede organizarse ya en ciertos países en función exclusiva de las de la guerra llamada "extranjera"; deben también considerarse las virtualidades y posibilidades de una guerra tradicionalmente llamada "civil". Este hecho no sólo plantea problemas particularmente complejos de organización militar, sino que también conduce por necesidad, sin miramiento a las lamentaciones que puedan hacerse, a una inevitable revisión de los antiguos postulados del civismo militar.

La Militarización en Argel

LA GUERRA DE Indochina había marcado el principio de un largo período de tensión entre el poder civil y el ejército. Los preceptos de la guerra revolucionaria tendían poco a poco a hacer salir al medio militar de su apolitismo tradicional. Sin embargo, sobrevino la prueba decisiva que iba a oponer el ejército al régimen en ocasión de Argelia. Este acontecimiento, sin duda, no puede ser plenamente comprendido si no se considera este hecho capital cuya importancia parece, sin embargo, haber escapado por el momento a la mayor parte de los observadores políticos: la instauración progresiva, entre 1954 y 1958, de una verdadera "provincia militar" en los departamentos argelinos, y que el ejército se hizo cargo, en un vasto espacio territorial, de casi toda la autoridad y las responsabilidades administrativas.

Cuando la revolución argelina estalló a fines de 1954, la tarea que el poder civil le asignó entonces al ejército podía

parecer relativamente simple: restablecer el orden, es decir, reprimir los levantamientos, para perseguir, destruir o someter a las bandas del F.L.N. Muy pronto, sin embargo, pareció que, limitado así el plan estrictamente militar, la acción del ejército estaba condenada a un fracaso casi irremediable: las "fuerzas del orden", privadas de información, cortadas de todo contacto con la población musulmana, se agotaban en palabras duras y mordaces contra un adversario inalcanzable. Pues bien, la experiencia de más de un siglo de guerras coloniales, las lecciones de Gallieni y de Lyautey, reiteraban la necesidad de una política total de "pacificación" que coordinara estrechamente, bajo una única autoridad, la acción de la fuerza y la acción psicológica y administrativa.²⁷ El precedente indochino, invocado sin cesar por los doctrinarios de la guerra revolucionaria, señalaba, al contrario, qué dramático desenlace esperaba a un combate cuyos métodos no se adaptaban a los del adversario: el F.N.L., como el Viet-Minh, llevaba la guerra "a la muchedumbre"; más que conseguir un éxito militar inmediato, tiende a extender al conjunto de la población argelina la red de su organización administrativa y política; la tarea esencial era, pues, no sólo perseguir a estos guerrilleros, sino destruir su organización política y, con ello, oponerle y sustituirla con otra organización política. Los poderes públicos no podían dejar de reconocer la exactitud de estas observaciones. La organización policiaca y judicial tradicional, destinada a la represión de una criminalidad normal, resultaba irrisoriamente impotente frente al terrorismo sistemático de los rebeldes. Argelia no contaba sino con una organización administrativa muy insuficiente: en aquella vasta región se habían resquebrajado desde el principio de la rebelión las estructuras demasiado débiles que entonces existían; era patente un vacío administrativo que poco a poco se hizo cabal, y que sólo el ejército podía entonces llenar. Progresivamente, pues, sobre todo a partir de 1956, bajo el impulso del ministro residente Lacoste, se confiaron a la autoridad militar responsabilidades cada vez más graves, concluyéndose por concentrar en su manos, al menos en el plano local, casi todas las facultades represivas y administrativas.

Las instituciones más importantes, creadas a lo largo del año de 1956, fueron, sin duda, la SAS (Secciones Administrativas Especiales) y la SAU (Secciones Administrativas Urbanas): prácticamente acabaron por crear una nueva cuadrícula administrativa, mucho más densa que la antigua, y que sin hacerla desaparecer del todo, vino a sobreponerse a las circunscripciones tradicionales. El ejército, fiel a los principios de las "jerarquías paralelas", caros a los teóricos de la guerra revolucionaria, se esforzó en multiplicar las asociaciones y agrupamientos puestos bajo su dominio: su esfuerzo resultó de lo más sostenido y eficaz en el campo de la formación cívica, moral y profesional. Paralelamente, en fin, a esta acción de "empuñar en su mano" la población, el ejército ha creado un poderoso organismo de información y de dirección de la opinión; el que depende de la autoridad de la Oficina Quinta de la Décima Región Militar, oficina que no ha cesado de ampliar el campo de sus actividades desde el principio de la revolución... De hecho, en vísperas de la crisis del 13 de mayo de 1958, el ejército no sólo había suplantado la administración civil en muy grandes sectores, o éstos se encontraban en la incapacidad material de ejercer sus atribuciones tradicionales. Los preceptos de la guerra revolucionaria habían ocupado el vacío de las viejas tradiciones coloniales, prolongándolas y desarrollándolas. Con sus teorías, sus escuelas de cuadros, sus equipos de asistencia social, sus casas de combatientes, sus asociaciones juveniles y de mujeres, el ejército parecía un verdadero partido de encuadramiento, que ejercía en ciertas regiones de Argelia casi todos los poderes públicos.²⁸ Tenía su propio aparato de organización y de propaganda; poseía su propio aparato de vigilancia y de represión. Controlaba y animaba, al menos en el plano local, los elementos más dinámicos de la parte de la población musulmana que había escapado al dominio de la rebelión. En resumen, el ejército había dotado a Argelia con verdaderas estructuras nuevas.

¿Cómo, sin embargo, dejar de recordar esta prueba de que las técnicas de la acción psicológica y de encuadramiento de la población no son, no pueden ser neutras políticamente?

En realidad, el solo hecho de que el ejército aceptara el papel de la "guerra en la multitud" —o, en términos más tradicionales, el de sustituir la "represión" con la "pacificación"— suponía, aun en los peldaños más humildes de la jerarquía militar, el reconocimiento o la elaboración de una política argelina. La necesidad de una política de conjunto destinada a afrontar todo el problema argelino no fue, sin duda, inmediatamente clara a los medios militares. Muchos oficiales se negaron durante un tiempo largo a extender su visión más allá de los límites estrechos de la tarea que se les había confiado. Asimismo, el ejército de Argelia parece haber esperado durante largo tiempo a que el poder civil definiera y propusiera esa política cuya necesidad sentía el ejército confusamente, pero cada vez con mayor intensidad. En un editorial del *Mensaje de las fuerzas armadas*, fechado en agosto de 1956, puede leerse: "Varios de mis camaradas de Argelia nos hacen partícipes de su posición terriblemente difícil debida a que el gobierno no toma decisión alguna. . . En este combate, de naturaleza psicológica, se pide al ejército despertar la confianza de la población, pero se le niega el arma implacable de una política bien definida."²⁹ Es bien claro que el poder civil era entonces impotente, por el solo hecho de la división de los partidos y de la opinión, para promover esa "política bien definida" que reclamaba el editorialista militar, es decir, un programa argelino de acción, desnudo de toda ambigüedad, y que abarcara un largo trecho del futuro. Esta irresolución tuvo el resultado no sólo de atizar el descontento de los medios militares, sino que condujo al ejército a definir por su cuenta, y, esencialmente, en función de las necesidades de su lucha, este programa político cuya obligación admitía al fin. No parece haber habido, a pesar de algunas afirmaciones en contrario, una voluntad sistemática, una búsqueda deliberada y coordinada de parte de sus cuadros. *El simple empleo de los métodos de pacificación, sus consecuencias lógicas, fue lo que, poco a poco y de manera casi espontánea, iba a dibujar el conjunto coherente de una política argelina*, política que el ejército trata de definir en torno a algunas afirmaciones esenciales.

La primera es la perenidad de la presencia francesa en el suelo argelino. La tarea fundamental de la pacificación consiste, en efecto, en ganarse, o volverse a ganar, la adhesión de una gran masa musulmana, incierta en su gran mayoría, vacilante, fluctuante, dominada por la angustia del mañana. La reserva cuyo testimonio es esa angustia, parece deberse mucho más que a una hostilidad franca, al temor de comprometerse. Toda indeterminación en cuanto al porvenir, toda ambigüedad acerca de la voluntad de Francia de mantenerse en ese suelo, ofrece el riesgo de paralizar irremediamente una acción destinada a convencer y arrastrar; afirmar a los fieles y a los "adeptos" que no serán abandonados, parece entonces una necesidad primordial al más humilde de los oficiales franceses que sirven en Argelia, y eso en la medida en que se esfuerzan por llevar a buen término la misión que se les ha confiado. Por esto se ve que el ejército prácticamente se sintió obligado a descartar la fórmula que usó en 1956 Guy Mollet para definir su posición acerca de Argelia: "cesar el fuego, elecciones, negociaciones". Su fin era no hipotecar el porvenir, permitir la mayor diversidad de soluciones y dejar la puerta abierta a todas las posibilidades. El oficial "pacificador", obligado a habérselas con las dificultades cotidianas de su tarea, había sido conducido, por el contrario, a pensar que hipotecar el porvenir constituía la condición primera y necesaria para la eficacia de su acción. Es llevado a proclamar que todo paso atrás es imposible, más aún, a ordenar todas sus decisiones como si, en efecto, toda retirada fuera imposible. Cualquier falla en la expresión de su voluntad o en la manifestación de su determinación, le parece que compromete de manera decisiva perseguir los fines cuyo logro se le ha ordenado.

Pero no se trata tan sólo de obtener la aquiescencia resignada o pasiva de la población: aunque puede parecer que la ha adquirido, la certidumbre del mantenimiento de la soberanía francesa no parece suficiente para oponerse al poder místico de la rebelión. Más profundamente, se trata de oponer otra fe a la fe que anima a los rebeldes, otra visión del porvenir a la visión también futura por cuyos intérpretes se

hacen pasar los rebeldes. De allí que el ejército necesite una segunda afirmación, también de carácter político: la promoción cívica, económica y social de la población musulmana de Argelia. El ejército piensa que jamás podrá ganarse de verdad su corazón, galvanizar en favor suyo sus energías y entusiasmos, si a esas masas musulmanas, dominadas por un sentimiento de alienación y de frustración a la vista de la población de origen europeo, no les lleva la esperanza concreta de una vida mejor y más digna. También quiere el ejército ver con sistema la suerte de los más humildes y desheredados: “El porvenir de Francia en este país —dice la publicación *Contacts*, revista de la 10ª Región Militar— está en el apego de los humildes, y son legión... En lugar de tener contactos, tradicionalmente interesados y poco dignos de confianza, con los letrados o los instruidos, cortina levantada entre el pueblo y nosotros, es preciso acercarse a la vida de los pequeños y de los pobres, de aquellos que han sido explotados a ciencia y paciencia nuestras.”⁸⁰ También se esforzará en transformar la condición de la mujer musulmana: “Se llegará —agrega *Contacts*— a interesar a las mujeres en nuestra lucha actual dándoles razones para que vuelvan la espalda a los rebeldes. Es esta, en todo caso, la ocasión de explicarles que ellas son el elemento más desheredado de la población, y que nuestra acción traerá el bienestar de todos y en particular de los menos felices.”⁸¹ Por eso propone a las multitudes argelinas el ideal de una especie de revolución kemalista, que subvierta las viejas estructuras y destruya las desigualdades tradicionales: una Argelia nueva —dicen—, en la que todos los ciudadanos se beneficiarán de derechos idénticos y de oportunidades semejantes, ha de nacer de esta prueba. Los argelinos de mañana —vuelven a decir— serán ciento por ciento franceses.

Vasto programa que pronto resumirá el ejército en una fórmula, la “Argelia francesa”, y después en una palabra: “integración”. Sería erróneo pensar, por lo demás, que para los oficiales que la emplean, esta palabra está cargada de una significación institucional muy precisa: de hecho, en los medios militares existe una gran diversidad de opiniones sobre la

naturaleza de las ligas administrativas futuras que deberán unir el porvenir de los departamentos argelinos y los metropolitanos. Unos parecen partidarios de la asimilación íntegra; otros, del reconocimiento de cierta personalidad argelina, dotada de instituciones particulares. De hecho, la palabra integración, al menos como la utilizaba el ejército hasta el 13 de mayo de 1958, corresponde a la síntesis de tres elementos mayores, principios fundamentales de la política militar en Argelia:³² conservación de la soberanía francesa, promoción de los musulmanes a una igualdad cívica plena, esfuerzos para progresar económica y socialmente. En *Contacts* se lee: "La integración es el reconocimiento de la igualdad de derechos de todos los ciudadanos de Argelia, igualdad entre ellos y con sus hermanos metropolitanos; es hacer un depósito común con todos los recursos materiales de Argelia y de la metrópoli." La integración, tomada en este sentido, constituye la idea-fuerza, el mito que el ejército quiere proponer a los sueños de las multitudes argelinas, y oponer a la mística de la independencia. "Nuestro mito —declara el coronel Lacheroy— consistirá en decir a los musulmanes: sereis como nosotros."³³ La fórmula puede prestarse a equívocos; no debería verse en ella indicios de un simple cálculo, una mera maniobra de propaganda. Corresponde más profundamente a la definición de una situación ideal a cuyo logro quiere llegar el ejército. Situación —debe subrayarse— que exige, por lo menos, la abrogación completa de la condición colonial en que se encontraba Argelia hasta 1954, y la creación de ligas de una naturaleza enteramente nueva entre los departamentos magrebinos y la metrópoli. Desde entonces, nos hallamos muy lejos de la sencilla tarea de restablecer el orden que se confió al ejército cuando se iniciaba la rebelión. Puede afirmarse que, desde fines de 1957, el ejército ha dado a su combate un fin que, sin contradecirlo expresamente, rebasa en mucho, sin embargo, el fin que el poder civil le había asignado a ese mismo combate. El ejército ha elaborado una política argelina completa y coherente; sin duda empírica, estrechamente ligada a los imperativos y a las modalidades de la lucha que tiene por misión hacer, pero propia, que ha definido él mismo

y totalmente independiente de la voluntad y de la decisión del poder civil.

Por lo demás, la ejecución de esta política argelina, dentro del marco ideológico propio del ejército, se liga a una fidelidad tenaz a ciertos valores afectivos de una fuerza singular. No podría olvidarse, en efecto, que la conquista del imperio colonial francés en el siglo XIX y principios del XX fue, más que nada, obra del ejército: nada de extraño tiene, pues, que el apego a ese patrimonio pese tanto en el capital moral del oficial francés, y que se confunda con algunas de las tradiciones más profundas cuyo depositario cree ser ese oficial. En Noráfrica, sobre todo, estas ligas que unen al ejército a la herencia del pasado colonial, son particularmente numerosas y fuertes. ¿Cómo evocar todo el patrimonio de recuerdos, de imágenes, de leyendas, de orgullo colectivo? Está la leyenda de Lyautey, el recuerdo de las grandes horas de la epopeya marroquí, realidades siempre vivas, mantenidas en las conversaciones de sobremesa y en las lecciones de las escuelas militares. Está el papel de refugio que desempeñó el Maghreb de 1940 a 1943. Allí se forjaron, al abrigo del ocupante, las divisiones que combatieron en Italia y que desembarcaron después en Francia. También cuenta el aspecto de santuario que conservaron las guarniciones norafricanas en los primeros años de la postguerra. Allí gozaban los oficiales de una vida material más fácil y de una consideración que se mantuvo intacta durante largo tiempo. Y están, sobre todo, los innumerables contactos que el medio militar ha tenido siempre con los pueblos musulmanes: un gran número de oficiales franceses han comandado unidades musulmanas, o las suyas combatieron al lado de éstas; se han anudado, y con frecuencia cultivado, ligas profundas de afecto, de camaradería en el combate y de estima; el ejército, en fin, se vanagloria de haber mantenido en sus rangos una igualdad perfecta de tratamiento entre los elementos norafricanos y los metropolitanos. Tantos factores concurren así a conceder al África del Norte un lugar privilegiado (tan importante, o más aún, que el que por largo tiempo tuvieron las andanzas del Oriente) en

lo que podría llamarse la geografía sentimental del ejército francés.

Pero hay algo todavía más grave, sin duda. La obra de pacificación obliga indeclinablemente al oficial, como su artífice, a comprometer con la autoridad francesa a algunos musulmanes argelinos cuya fidelidad o adhesión ha logrado, y de cuya suerte se siente, en consecuencia, responsable. La evacuación de Argelia significaría muy probablemente abandonar a estos fieles o adherentes a las represalias de la rebelión. También significaría, a los ojos de ese oficial que les ha asegurado su protección, faltar a los deberes elementales de la lealtad y el honor. Ya varios oficiales regresaron de Indochina con un vivo sentimiento de culpabilidad, el doloroso sentimiento de haber traicionado los compromisos que habían adquirido con los partidarios viet-namieses que habían combatido al lado de ellos. "He conocido a un capitán de las boinas rojas —escribe un testigo—, a quien obsedía el pensamiento de que habían perdido su honor en Indochina cuando lograron que cientos de jóvenes católicos viet-namieses se le reunieran a fuerza de repetirles que no los dejarían caer. Al partir nosotros, los fusilaron por haber creído en nuestra palabra."³⁴ El problema en Argelia, donde la acción principal del ejército consiste en obtener la adhesión activa de la población, no podía dejar de surgir en proporciones mucho mayores. Ha sido legítimo que acabara por tener una influencia determinante en la conciencia de un gran número de oficiales.³⁵ La política de pacificación conducía, según ellos, a celebrar un contrato con la población musulmana, que los ligaba personal y solemnemente, y respecto de cuyo cumplimiento no creían tener en ningún caso el derecho de renegar de alguna de sus cláusulas.³⁶ Les parece que sería moralmente imposible seguir otro camino que aquel en que el poder civil los ha dejado comprometerse tanto. Pero el poder civil, como consecuencia de todo esto, pierde prácticamente la posibilidad de definir otra política y de imponer su ejecución. A los imperativos morales de la obediencia al gobierno legal, el ejército opone otros imperativos morales, más fuertes para su conciencia y nacidos de la ejecución misma de la misión que

el ejército recibió. Curiosa guerra cuyas formas conducen sin remedio a quienes tienen el encargo de hacerla, a la elaboración de una política, y de una política que los compromete en una dirección que bien pronto les parece irreversible. La lucha contra la rebelión emprendida conforme a la voluntad y a la decisión de gobiernos legales, salidos legítimamente de la voluntad nacional, ha escapado al control de la autoridad de ellos, insensible, pero irresistiblemente. En estas condiciones, es apenas temerario afirmar que el ejército, por haber sacado todas las conclusiones lógicas de la misión que el poder civil le había confiado, ha acabado por oponerse, en un conflicto decisivo, a ese poder. Parece haber sido arrastrado invenciblemente por una especie de conflicto interno propio del combate que se le había ordenado librar, y cuya necesidad primordial, cuya legitimidad profunda, le parecían, por lo demás, evidentes. Porque sospechó que en mayo de 1958 un nuevo gobierno le quería imponer el abandono de un deber que había llegado a confundir con su razón de ser esencial, el ejército ha aceptado finalmente, contra todas sus tradiciones y contra todos sus hábitos, hacer obra revolucionaria, levantarse contra el régimen e imponerle su ley.

Ensayo de Interpretación

No entra en el cuadro de este estudio hacer historia de la crisis del 13 de mayo de 1958, ni siquiera tratar de precisar la importancia relativa del papel que jugó el ejército entre las fuerzas que contribuyeron a la caída del régimen de la Cuarta república. ¿Epílogo de un período accidental de tensión entre un régimen cuya autoridad era más y más disputada y un ejército inquieto y descontento, o fecha clave que marca el advenimiento de una era nueva en la definición de las relaciones entre el poder civil y militar en la Francia contemporánea?

Es esa la única pregunta que debe y puede hacerse.

Para contestar, interesa primero recordar que la intervención del ejército en la escena política no tuvo de ninguna manera el carácter tradicional de un "pronunciamiento". No

se trataba de adueñarse del poder: fuera, puede ser, de algunos oficiales entre los que se contaban los más ardientemente comprometidos, la idea de la instauración de una "junta" militar que se apoderara del poder y ejerciera la autoridad gubernamental, no parece haber sido prevista. No se trataba tampoco de apoyar por la fuerza de las armas a un partido o grupo político determinado: la constitución de los "comités de salvación pública", en donde los jefes militares se sentaban junto a los representantes de los movimientos políticos de Argelia, no ha correspondido de hecho sino a necesidades que se pueden considerar en buen derecho como accidentales y momentáneas. En fin, tampoco se trataba de sustituir las instituciones de la Cuarta república por otras instituciones, u otra forma premeditada de regímenes: el ejército no había hablado propiamente del programa político; el mismo llamado al general De Gaulle no pareció a los que lo lanzaron sino un recurso improvisado para huir de una situación peligrosa y sin salida. "El ejército se decidió a dirigirse al general De Gaulle porque le pareció el único capaz de resolver la crisis de Francia y de asegurar para su mayor bien la alta dirección del país". En efecto, la acción del ejército podría bastante justamente ser comparada a la de un "grupo de presión" (un "grupo de presión" dotado, es cierto, de un poder muy particular"). No pretendía imponer fórmulas previas de gobierno, sino, en esencia, torcer la orientación de una política.

Por lo tanto, no podríamos admirarnos si, obtenidos los resultados inmediatos que se buscaban con la llegada al poder del general De Gaulle, el ejército parece haber entrado sin graves dificultades aparentes en los límites tradicionales de sus atribuciones. No ha buscado realmente prolongar su victoria y ensanchar la zona de sus usurpaciones políticas. De ninguna manera ha tratado de imponer al nuevo régimen sus hombres o sus equipos. Por sí mismo ha ensayado desprenderse de todo compromiso relacionado con movimientos políticos, ya se trate de grupos metropolitanos o de Argelia: con más satisfacción que pesar, asistió, por ejemplo, a la dislocación de los "comités de salud pública" de Argelia, en

donde sus representantes habían tenido un papel esencial. Nacida de un movimiento de insubordinación militar, la Cuarta república, de hecho, no ha tomado en ningún momento la forma de un gobierno militar.

De todos modos, precisa subrayar que el gran movimiento de fiebre, de entusiasmo y de fervor, que levantó el ejército todo, después de los acontecimientos del 13 de mayo, parece haber caído rápidamente. En sus elementos más jóvenes y sin duda los más representativos, el ejército estaba animado de un ardor de reformas, quizás impreciso, pero singularmente profundo; esperaba y reclamaba una renovación general de sus cuadros, de sus métodos y sus estructuras: sus esperanzas en este punto han sido frustradas. En un medio bastante restringido, en que los valores de fidelidad personal, los sentimientos de estima y camaradería tienen hoy un lugar mucho mayor que en el pasado, las numerosas mutaciones operadas en el curso de los últimos meses, en los diferentes escalones de mando, han herido, por otra parte, muchas susceptibilidades, e irritado muchos amores propios. La política del general De Gaulle en Argelia, sobre todo, ha hecho nacer una inquietud que crece sin cesar. En los medios militares se oyó muy pronto lamentar que el nuevo régimen no hiciera participar más activamente al conjunto del país en el esfuerzo guerrero sostenido en Argelia. Muy pronto también se oyó reprochar al jefe de estado no, propiamente hablando, sus intenciones, sino sus métodos, su prudencia, su silencio, su empirismo contemporizador, juzgado peligroso y falaz. Sin duda todos los actos del general De Gaulle, comprendido su discurso del 16 de septiembre de 1959, fueron presentados o interpretados en el sentido más favorable a la fórmula de "Argelia francesa"; pero esta misma interpretación ha hecho nacer —y ha alimentado— un equívoco penoso y más y más pesado. . . La prensa se ha puesto a hablar de un "desasosiego" del ejército, y es evidente que el descontento, la duda, la confusión en algunos, la cólera en otros, están lejos de haber desaparecido.

Esto no es, sin embargo, lo esencial. Lo que, sin duda, conviene ante todo subrayar, es que en el momento mismo

en que el ejército parecía entrar fácilmente en las antiguas reglas de la subordinación y la obediencia, esta obediencia fue esencialmente definida como obediencia "reflexionada". Todos los autores militares, anónimos o no, que han escrito sobre los acontecimientos de mayo de 1958, concuerdan en denunciar como definitivamente caduca la vieja noción de la obediencia pasiva. No se trata, repiten, de volver a los conceptos tradicionales del ejército, instrumento inerte y ciego en las manos del poder; ni tampoco de restaurar el principio de un total apolitismo en relación a la autoridad legal.

La respuesta que da un joven teniente de servicio es significativa: interrogado por un periodista extranjero a quién obedecería si un día recibiera órdenes contradictorias del general De Gaulle y del general Masu, el oficial respondió: "reflexionaría".³⁹ Palabras muy próximas a la fórmula auténtica que emplea un paracaidista para definir las condiciones nuevas de la obediencia militar: "Para un oficial, la obediencia que nos han enseñado nuestros maestros no es la única regla; tiene el derecho y el deber de reflexionar. Hemos aprovechado las lecciones de 1940."⁴⁰

Obediencia reflexiva, en consecuencia, en relación al poder, es decir, obediencia revocable, obediencia *condicional*. En efecto, todo parece suceder como si el ejército, en la cuestión pública, se estimara actualmente depositario de una especie de derecho de arbitraje o veto. Se cree autorizado a usarlo ante una decisión o una mutación del poder civil que amenazara de un modo inmediato lo que a sus ojos representan las grandes exigencias del destino nacional. Concretamente, una especie de acuerdo parece existir hoy entre el medio militar para estimar que en dos casos una nueva intervención política del ejército se estimaría legítima. El primero sería el de un abandono total de la soberanía francesa sobre los departamentos de Argelia. El segundo, la llegada al poder del partido comunista, algunos dicen que aun el advenimiento de un gobierno de Frente Popular con participación comunista, que no podría ser, según ellos, sino una primera etapa de la instauración en Francia de una democracia popular. En estos dos casos, el ejército sería, se dice, infiel a sí mismo,

infiel a su misión y a los deberes que le incumben, de permanecer mudo, sumiso y pasivo.

Tal determinación parece encerrar hoy la evolución política francesa dentro de prescripciones no escritas de naturaleza totalmente inédita. Es evidente, sin embargo, que por muy convencido que el ejército parezca, no deja de tener su posición muchas ambigüedades. ¿A partir de qué grado de autonomía interna para Argelia, por ejemplo, tendría derecho de hablar de abandono? ¿La existencia de un gobierno que se beneficiara del apoyo de votos comunistas legitimaría la insubordinación? Conscientes de estas dificultades, ciertos oficiales aspiran más o menos claramente a reglamentar el ejercicio de los nuevos derechos cívicos de que se estiman depositarios por la institución de una especie de "consejo del orden" militar. Emanación del cuerpo militar, éste representaría al ejército cerca del poder, le haría comprender sus dolencias, sus temores o sus deseos. Por otra parte, inspiraría las actitudes y deberes del ejército, ejerciendo sobre él una especie de tutela moral. En resumen, haría a la vez el papel de intérprete y de director de la conciencia militar. Todavía es imprecisa la expresión del proyecto. Su principio, sin embargo, corresponde bastante bien a la idea que muchos de los representantes de la nueva generación militar parecen tener acerca del papel político del ejército: debe diferenciarse del poder civil, y no tratar de confundirse con él o sustituirlo; pero debe ser capaz en ciertas circunstancias excepcionales y que interesen directamente la ejecución de su misión permanente de defensa nacional, de hacer escuchar su voz, de velar, sobre todo, por el respeto de lo que él tiende a considerar como verdaderas "leyes fundamentales" del destino nacional.

Características de un estado de espíritu hoy muy general entre el medio militar, ¿deben presentarse estas aspiraciones solamente como un nuevo testimonio del "desasosiego del ejército", como una nueva ilustración de las graves repercusiones que han tenido sobre él las guerras de tipo colonial o subversivo, en las cuales se encuentra comprometido desde hace casi quince años? ¿No sugieren, más bien, en una inter-

pretación de dimensión histórica mucho más amplia, que conviene sin duda buscar la significación profunda de esta asombrosa mutación de valores que viene a revolucionar la fisonomía moral de la sociedad militar francesa? De hecho, no sería imposible tratar de relacionarlas con las formas originales que el fenómeno de la guerra ha adquirido en el mundo contemporáneo, con la evolución misma de los modos de conflictos, con ciertos datos particulares de la situación internacional de Francia.

Parece permitido pensar, en efecto, que el repudio hecho por el ejército francés de los viejos principios del apolitismo y de la obediencia pasiva, constituye, por lo pronto, un signo suplementario del carácter ideológico más y más acentuado de los conflictos en el mundo moderno. Para este ejército, la concepción del deber militar se escribía naturalmente, hasta la víspera de la última guerra mundial, en la perspectiva familiar de las guerras europeas que había hecho en el último siglo, guerras libradas entre estados de estructura económica y social semejante, que se reclamaban principios ideológicos poco diferenciados y a quienes no separaban, en realidad, sino sus ambiciones políticas o territoriales. Los oficiales franceses de carrera, a pesar de sus numerosos supuestos ideológicos, habían vivido el segundo conflicto mundial como un nuevo episodio del viejo antagonismo franco-alemán, como la tercera fase de una lucha comenzada en 1870: a sus ojos, los imperativos nacionales eran todavía distintos de las consideraciones ideológicas y superiores a ellas; para algunos de ellos, era siempre posible luchar por su país sin simpatizar en lo más mínimo con las formas de la democracia parlamentaria, de la misma manera que ciertos elementos de la Wehrmacht podían todavía pensar en 1945 que combatían por la patria alemana y no por la causa nacional-socialista. Estados de conciencia hoy casi totalmente contrarios: el ejército tiene la convicción de que las luchas en que se encuentra comprometido, o para las cuales se prepara, no corresponden ya al cuadro tradicional de las viejas luchas entre estados-naciones. Tiene la convicción de que los conflictos en que debe o deberá intervenir, no es ya la conquista de un territorio.

rio, ni aun la hegemonía material de un estado sobre otro. Es toda la concepción de la vida, es la idea misma del destino del hombre lo que le parecen estar en duda. Las nociones de independencia o de grandeza nacional tienen todavía un lugar fundamental en su ética; pero se han integrado en un sistema de valores que las sobrepasa y trasciende. Es necesario añadir que las formas de combate que el ejército francés ha conocido en Indochina primero, en Argelia después, parecen haberle demostrado definitivamente que la superioridad de la fuerza material es hoy insuficiente para imponer su ley al adversario; lo que importa es ganar la adhesión de las masas, atraer a sí los espíritus y los corazones. Se comprende mejor así que el general Henri Zeller, jefe del estado mayor del ejército, haya podido afirmar en 1957: "En la crisis mundial en que estamos comprometidos y frente a adversarios resueltos, un ejército no puede sacrificarse por palabras como deber y disciplina, que, propiamente hablando, carecen para él de sentido."⁴¹ En el choque de grandes *credos* políticos que parece dominar la historia de la segunda mitad del siglo xx, resulta imposible, en efecto, constreñir a un ejército (a excepción quizás de un ejército de mercenarios) a permanecer encerrado dentro de los principios de la obediencia y la disciplina. En el fondo, todo el problema radica en saber si habrá o no concordancia —concordancia en naturaleza, pero también en intensidad de convicción— entre la ideología que él adopte y la ideología que anime al poder de que depende.

El problema se ha presentado a Francia de forma especialmente grave, por el solo hecho de la situación muy particular de este país en la coyuntura internacional, colocado en la encrucijada de las grandes luchas ideológicas del mundo contemporáneo, profundamente comprometido, por otra parte, en la lucha en retirada que bate desde hace quince años ante el movimiento mundial de descolonización. Prácticamente desde 1945, en Asia, después en África, Francia ha tenido que hacer frente a una guerra cuya característica especial es ser a la vez permanente y limitada. La línea de demarcación tradicional entre el estado de paz y el estado de guerra tiende, así, a borrarse más y más. Según los mo-

mentos, Francia se ha encontrado solamente “más” o “menos” comprometida en la guerra: está “más” en guerra desde el principio de la rebelión de Argelia que en el momento del conflicto indochino; y lo ha estado más aún durante la semana de la expedición a Suez. Esos combates suponen de parte del país un esfuerzo militar muy superior al que exigían las expediciones coloniales del siglo pasado. Sin embargo, el poder no ha creído deber jamás movilizar en su provecho sino una fracción más o menos importante de los recursos nacionales. Todo el ejército francés se encuentra, por lo tanto, en situación de guerra, mientras que el país en su conjunto continúa viviendo según el ritmo y las modalidades del estado de paz. Para un régimen democrático liberal, esta situación es ambigua, y rica en innumerables virtualidades de tensión. No se podría olvidar que los regímenes de este tipo no han podido soportar la prueba de dos guerras mundiales sino suspendiendo provisionalmente, modificando profundamente el funcionamiento normal de sus instituciones. Las exigencias lógicas del combate en el cual están comprometidos llevan a los militares a poner en duda ciertos aspectos del juego habitual de la vida política de un estado democrático, aspectos que juzgan difícilmente compatibles con la mera dirección de la guerra cuyo peso soportan. El poder civil, por su lado, permanece ligado a la pluralidad y a la libre confrontación de los partidos; quiere, además, garantizar el mantenimiento de las libertades fundamentales. Acuartelado entre las obligaciones del estado de guerra y el respeto a las nociones del estado de paz, se encuentra colocado ante una dramática contradicción. El régimen de la Cuarta república, en gran parte por no haber sabido o no haber podido resolver esta contradicción, tuvo que inclinarse en mayo de 1958 ante la voluntad de su ejército.

Visto con esta perspectiva, no es cierto que el caso de Francia sea excepcional. La división del globo en sistemas ideológicos irreduciblemente opuestos, las formas y el desarrollo de las “guerras frías”, el comprometerse, cosa siempre posible, en un conflicto limitado —sea, por emplear la terminología militar, de tipo subversivo, convencional o hasta atómico—

son tantas realidades o virtualidades que pueden colocar a otros regímenes de democracia liberal ante el mismo problema de la simultaneidad de un estado de paz y de un estado de guerra. Se trata entonces de adaptar a nuevas necesidades represivas un aparato judicial tradicionalmente preocupado con la salvaguarda de los derechos del individuo. Se trata de impedir un sistema de información, esencialmente organizado en función de la libertad de expresión, y de prestarse a maniobras de acción psicológica del adversario y de servir a designios de propaganda. Se trata, en fin, de mantener, a pesar de la diversidad de tendencias, de opiniones y de opciones, lo que los teóricos militares del marxismo-leninismo llaman "la cohesión de la retaguardia", a la cual le conceden una importancia primordial, y que no es, en el fondo, sino la voluntad colectiva de luchar. Ante una amenaza directa, brutal y total, semejante a las que han debido afrontar los países occidentales en la primera mitad del siglo, la movilización de la nación entera al servicio de la defensa común permitía responder con facilidad a estas preguntas. Las situaciones intermedias, las que nacen de un conflicto parcial, o de una agresión indirecta, presentan un aspecto singularmente desconcertante, aspecto que, por otra parte, no parece haber retenido seriamente la atención del legislador, del jurista o del moralista. Entonces es cuando las tensiones entre los depositarios del poder civil y los detentadores del poder militar están en peligro de parecer difícilmente evitables. No podrá evitarse la prueba, o superarla, al fin de cuentas, sino donde exista un consenso nacional muy profundo, es decir, una adhesión íntima y consciente de la comunidad entera alrededor de una misma concepción de su destino y de una misma visión de su porvenir.

N O T A S

* Este artículo selecciona los principales elementos de un informe presentado por Raoul Girardet a un coloquio de la Association Internationale de Science Politique, que tuvo lugar en Yugoslavia en el mes de septiembre último. Fue escrito antes de los recientes acontecimientos de Argelia.

¹ Citado por J. DE SOTO: "Pouvoir civil et pouvoir militaire", en *La défense nationale*, Centre de Sciences Politiques de l'Institut d'Études Juridiques de Niza. Paris: Presses Universitaires de France, 1958. Remitimos al lector a este excelente artículo para toda la parte retrospectiva de nuestro estudio.

² Sobre la elaboración de la moral de la obediencia pasiva, ver R. GIRARDET: *La société militaire dans la France contemporaine*. Paris: Plon, 1953; pp. 117 ss.

³ D.E.M.A.I.N. Bulletin de documentation et d'étude des méthodes et activités internationales, 26 junio 1959, "D'un officier de quarante ans." Estas palabras hacen eco a las que M. P. H. Simon, en su última narración, pone en boca de su héroe, el también "oficial de cuarenta años": "Desde hace casi veinte años, Francia está en guerra sin comprender por qué ni cómo. Pero aquellos a quienes ella ha dado sus armas, los que mueren y matan por ella, están obligados a interrogarse." Simón, P. H.: *Portrait d'un officier*. Paris: Éditions du Seuil, 1958, p. 30.

⁴ "Yo dejé de creer en la virtud de la obediencia, declaraba recientemente delante de nosotros un oficial, cuando en noviembre de 1942, en una playa de Marruecos, recibí con diez minutos de intervalo dos órdenes contradictorias: una de mi comandante, ordenándome reunir mi sección con las tropas americanas de desembarque; la otra de mi coronel, ordenándome resistir hasta el fin."

⁵ Roy, JULES: *Le métier des armes*. Paris, Gallimard, 1948; pp. 180 ss.

⁶ Ver, sin embargo, el número de la revista *Esprit*, de mayo, 1950, en donde numerosos autores preconizan, según los precedentes de 1940 y 1942, un compromiso político del ejército. El alcance "revolucionario" del acto de insubordinación del general De Gaulle en junio de 1940 se ve claramente subrayado.

⁷ Ver la verdadera requisitoria contra el régimen político con que termina el libro del general NAVARRE: *L'agonie de l'Indochine*. Paris, Pion, 1957; pp. 319 ss. "La primera razón de la defección de Indochina, de la que casi todas se originan, es la falta de una política. Del principio al fin, nuestros dirigentes no han sabido lo que querían, o si lo sabían, no han podido afirmarlo. No han osado jamás decir al país que había guerra en Indochina... Más aún, permitieron que el ejército fuera sorprendido por la espalda. Toleraron la traición permanente del partido comunista y de sus auxiliares de todo orden... Las tergiversaciones, las faltas, las cobardías acumuladas, son demasiado numerosas y demasiado continuas para no ser imputables a los hombres y aun a los gobernantes que se han sucedido en el poder. Son el fruto del régimen. Proceden de la naturaleza misma del sistema político francés."

⁸ D.E.M.A.I.N. 3 julio, 1959. "D'un officier de quarante ans" (continúa).

⁹ Ver, sobre la evolución moral del ejército en los últimos años de la Cuarta república, el librito de Jean PLANCHAIS: *La malaise de l'armée*.

París, 1958; ver también la memoria de G. de BELLESCIZE: *L'armée et le pouvoir politique sous la IV^e République*. Institut d'Études Politiques de París, 1959.

¹⁰ Un periodista narra así, en 1957, el testimonio de un oficial de paracaidistas, antiguo combatiente de Indochina: "Dos años después [de Dien Bien Phu], lanzados de Marruecos y de Túnez, donde habíamos sido por mucho tiempo señores, desesperados por el problema de Argelia, he aquí que se esperaba de nosotros, al fin, un combate clásico, sin desgarramiento de guerra civil, una aventura militar con esta orden precisa de 'derribar un dictador'. La decepción de la operación de Suez fue a medida del entusiasmo que había suscitado. Nada podrá describir la desolación de mis paracaidistas que, victoriosos, debieron abandonar Egipto, dar la espalda a la victoria." Cf. *Réalités*, mayo, 1957; pp. 41 y 105.

¹¹ *Message des forces armées*, diciembre, 1958. Este número es parte de una encuesta muy sugestiva hecha en una promoción de oficiales alrededor del tema de la crisis del ejército. Es de notar, por otra parte, que el divorcio entre las generaciones se encontrará en el momento de los acontecimientos de mayo de 1958. "No hay que hacerse ilusiones, declara entonces un joven oficial a un periodista: van con nosotros 90 % de oficiales subalternos, 50 % de oficiales superiores, y 5 % de oficiales generales."

¹² Cf. *La nouvelle critique*, N^o 107, *Les officiers*. "Essai sur la structure social de l'armée française", pp. 143 ss. Aunque, nos parece, el artículo en su conjunto debe acogerse con reservas, de él tomamos la mayor parte de nuestros datos. Cf. también PLANCHAIS: *Le malaise de l'armée*.

¹³ *La nouvelle critique*, p. 52.

¹⁴ PLANCHAIS, Jean: *Le malaise de l'armée*, p. 18.

¹⁵ "Hoy no habrá crisis en el ejército si encontramos en donde alojarnos", responde un oficial a un periodista en mayo de 1957. Cf. *Réalités*, mayo de 1957; p. 36. Hay que notar, como signo suplementario del repliegue de la sociedad militar sobre sí misma, el hecho de que el porcentaje de los hijos de oficiales y suboficiales de la escuela especial militar llega hoy a casi el 50 %.

¹⁶ BASSOT, Hubert: *Les silencieux*. París: Éditions Berger-Leuvrault, 1958; pp. 119 ss.

¹⁷ *Le courrier de la nation*, 7 agosto, 1958; p. 20: "Le mal jaune", por un capitán.

¹⁸ Entre los innumerables estudios sobre la guerra revolucionaria, publicados hace algunos años en la literatura militar, hay que citar entre los más sugestivos el del coronel LACHEROY: "La guerre révolutionnaire", en *La défense nationale, op. cit.*, pp. 30 ss., y, sobre todo, la serie de artículos del comandante J. HOGARD, en la *Revue de défense nationale*, diciembre, 1956, enero y febrero, 1957.

¹⁹ En *La défense nationale*, pp. 307 ss.

²⁰ "L'armée est-elle fasciste?", en *Le courrier de la nation*, 7 agosto, 1958; p. 12.

²¹ Citado por M. DÉON: *L'armée d'Afrique et la pacification*. Paris: Pion, 1958; pp. 7-8.

²² Citemos, entre otros, este texto por el cual la revista *Message des forces armées* comenta, en 1957, la conclusión del debate de la O.N.U. sobre el problema de Argelia: "El problema argelino se expone al fin públicamente, y con toda claridad, como una fase táctica de la guerra revolucionaria permanente. Que los responsables, civiles y militares, y la opinión francesa, sean conscientes de esta realidad, es la condición primera de salvación. Porque al fin debe quedar claro a los ojos más ciegos, que nos hemos comprometido desde hace años en la Tercera guerra mundial, la guerra de la revolución por la conquista del mundo, guerra universal y permanente, que traduce sobre todos los frentes, interiores y exteriores, más o menos ardientemente, según la táctica del momento, la incompatibilidad fundamental entre dos conceptos del hombre, la imposibilidad profunda de coexistir entre dos tipos de civilización humana." *Message des forces armées*, marzo de 1957, firmado "Milites" (pseudónimo colectivo de un grupo de jóvenes oficiales).

²³ "L'armée est-elle fasciste?", en *Le courrier de la nation*, 7 agosto, 1958; p. 12.

²⁴ Es indiscutible que la acción intelectual y moral del movimiento católico e integrista "La Cité Catholique", ha encontrado un gran público en ciertos medios militares.

²⁵ Hoy la terminología oficial de la enseñanza militar distingue felizmente "guerra subversiva" y "guerra revolucionaria". La segunda se define como "la doctrina de guerra elaborada por los teóricos marxistas-leninistas y explotada por los movimientos revolucionarios de diversas obediencias.

²⁶ En *La défense nationale*, p. 319.

²⁷ A título de ejemplo, este extracto de un informe redactado por un comandante de sector en agosto de 1956: "Para que el ejército deje de estar ciego, es necesario a todo precio el contacto con la población musulmana, lo que constituye una condición necesaria para obtener los informes precisos y actuar con eficacia. Este contacto exige que sean llevadas *simultáneamente* la acción militar pura (intervención) y la acción de pacificación. La autoridad que pacifica por una parte, y hiere, por la otra, debe ser la misma, no puede ser sino la autoridad militar. La autoridad pacificadora no puede ser la autoridad antigua..." Y el informe concluye afirmando que conviene "confiar la autoridad al ejército, único capaz de ser juez y árbitro y de tomar contacto, llevar de frente la acción pacificadora y la acción militar". BARBEROT, Roger: *Malaventure en Algérie*. Paris: Plon, 1957; p. 86.

²⁸ Para mayor precisión, consultar: DÉON, Michel: *L'armée d'Algérie et la pacification*, pp. 120 ss.

²⁹ Es curioso, por otra parte, comprobar que en la prensa militar y más especialmente en la prensa militar de Argelia, los diversos proyectos de ley-marco para Argelia sometida al parlamento en 1956 y 57 encontraron la más favorable acogida. Ver la colección de la revista *Contacts*, editada por la 10^a región militar, y que sirve de enseñanza a numerosos oficiales S.A.S.

³⁰ *Contacts*, mayo, 1958. El artículo está firmado "Capitaine X, Chef de S.A.S."

³¹ *Contacts*, marzo, 1958. De suyo, tal actitud está muy alejada de la población argelina de origen europeo, a quien domina en gran medida la sola preocupación de la defensa de sus intereses particulares. De hecho, el ejército ha tenido siempre que marcar su distancia respecto de ella. Cf. Simón, P. H.: *Portrait d'un officier, op. cit.*, p. 145: "En Argelia raros son los combatientes que no piensan que la condición de los musulmanes debe cambiar: no se hace la guerra por años a un pueblo sin conocer el olor de su piel y sin oír latir su corazón; el ejército no se siente encargado de eternizar la explotación de las razas maghrebina, ni aun de ligar su porvenir al paternalismo de un Larondiére (tipo de gran labrador ilustrado). Solamente, si todos mis camaradas están casi de acuerdo para reconocer como legítimas las aspiraciones del pueblo argelino, hay pocos que conceden a los rebeldes mismos el crédito moral de encarnar esta legitimidad." Toda la literatura militar consagrada a los acontecimientos de Argelia tiene este sentido.

³² "Ce qu'est l'intégration", en *Contacts*, julio, 1958.

³³ Citado por Léo Hamon: *De Gaulle dans la République*. Paris: Plon, 1958; p. 91.

³⁴ ALQUIER, Jean-Yves: *Nous avons pacifié Talzat*. Paris: R. Laffont, 1957; p. 231.

³⁵ El tema del deshonor que ha conocido el ejército francés por el hecho del abandono, después del armisticio de Ginebra, de las poblaciones "fieles" de Tonkín y de Laos, es uno de los que vuelven con más insistencia a la literatura militar consagrada a la guerra de Indochina. Cf., entre muchos otros, el relato, hecho por B. Castelbajac, del abandono de un puesto en el Alto Tonkin. (B. DE CASTELBAJAC: *La gloire est leur salaire, op. cit., infra*, pp. 96 ss.) Cf. en *Le courrier de la nation* del 7 de agosto de 1958, p. 20. "Le mal jaune", por un capitán. . .: "guardamos en nuestros corazones la imagen de una masa lanzándose al mar para alcanzar nuestros barcos y el recuerdo de todos los que se ahogaron ese día. . . Los Méos. . . nos habían seguido mucho tiempo. Un día aceptaron formar maquis y en algunos meses aprendieron a servirse de armas explosivas y a utilizar la radio. Cuando se hizo el armisticio, vino la orden de abandonarlos a ellos como a otros. Era entregarlos al Viet-Minh, que iba a exterminarlos. La radio de los maquis Méos marcaban

todavía después del armisticio y nosotros lo recordamos, todos los mensajes que ellos nos enviaban." El artículo concluye con la evocación del 13 de mayo de 1958. Si el ejército se ha sublevado, afirma, es "porque nosotros no queríamos traicionar los pactos de amistad que habíamos concluido".

36 Es importante señalar que el conjunto del ejército solemnemente renovó este contrato en el verano de 1958 en el momento de la campaña del referéndum. Invitando a los musulmanes a votar *sí* a la constitución propuesta por el general De Gaulle, el ejército muy explícitamente, en efecto, asumió el compromiso de asegurar de una manera permanente su protección contra las represalias del F.L.N. El envío del *Monde* en Argelia lo subrayó con mucha fuerza: "Es ése, sin duda, el aspecto más grave y el más honroso del referéndum... El general Faure nos decía ayer: 'Vengo de dar una vuelta por Kabylea. Varias veces los hombres me han pedido: —Danos tu palabra de oficial de que Francia está aquí para siempre, que no nos abandonará jamás.' Yo les he dado mi palabra. Me han preguntado si les hablaba en nombre del general De Gaulle, yo les he dicho que sí. Debe pensarse que las decenas de adueros hicieron la misma pregunta al oficial S.A.S., y que la misma respuesta les fue dada." HERREMAN, Philippe: "La armée se refusera à trahir la confiance de ceux qui ont voté oui", en *Le Monde*, 2 septiembre, 1958.

37 ELY: *Revue militaire d'information*, agosto-septiembre, 1958. La penetración "gaullista" en el ejército francés merece, por otra parte, ser objeto de un estudio particular. Parece, en efecto, haber sido siempre muy limitada. Los sentimientos de apego profundo a la persona del general De Gaulle se encuentran expresados sólo en un pequeño grupo de oficiales que sirvieron entre 1940 y 43 en las Fuerzas Francesas Libres.

38 Cf. un largo artículo anónimo: "L'armée est-elle fasciste?", pero redactado por un grupo de oficiales, publicado en *Le courrier de la nation* (semanario degolista) del 7 de agosto de 1958, p. 19: "No había que creer que los cuadros del ejército sean sospechosos de elogios algunas veces hiperbólicos del ejército, que paralelamente a las críticas, se han multiplicado en el curso de los dos últimos meses. El ejército ha mostrado una gran cohesión, la fuerza que representa suscita esperanzas tanto como temores. Pero decidido a actuar por el bien de la nación, desconfía y no quiere dejarse utilizar por algunos fascistas, como tampoco quiere ponerse al servicio de los 'ultras' en Argelia. No siente por ellos ninguna ternura particular."

39 CASTELBAJAC, Bertrand de: *La gloire est leur salaire*. Paris: Editions françaises et internationales, p. 2.

40 "Comment pensent les paras", en *La France catholique*, 20 junio, 1958.

41 ZELLER, Henry: "Armée et politique", en *Revue de défense nationale*, abril, 1957; p. 514.